

ASOCIACIÓN URUGUAYA DE HISTORIA ECONÓMICA (AUDHE)

TERCERAS JORNADAS DE HISTORIA ECONÓMICA

Montevideo, 9 al 11 de julio de 2003

Simposio: “Comercio y comerciantes: el Río de la Plata durante el siglo XVIII”.

Coordinadores: Fernando Jumar y Carlos María Birocco

Título Ponencia: “Actividades comerciales y prácticas mercantiles entre los migrantes gallegos y asturianos, en el Buenos Aires de fines del siglo XVIII y principios del XIX”

Autora: Nadia Andrea De Cristóforis (DNI: 22.823.464)

Institución: Universidad de Buenos Aires, Becaria de CONICET

Correo electrónico: nadiaandrea@hotmail.com

Dirección Postal: Maza 100 4° A, Capital Federal, Argentina (C.P.: 1206)

Teléfono: 4862-6623

Terceras Jornadas de Historia Económica

Montevideo, 9 al 11 de julio de 2003

“Actividades comerciales y prácticas mercantiles entre los migrantes gallegos y asturianos, en el Buenos Aires de fines del siglo XVIII y principios del XIX”

Nadia Andrea De Cristóforis
(UBA-Becaria de CONICET)

Hacia fines del siglo XVIII, gallegos y asturianos llegaron en números crecientes a la capital virreinal.¹ Entre otros factores, la perspectiva de una rápida inserción laboral en la última, actuó como un estímulo para el traslado ultramarino. La promesa de un trabajo era un señuelo para aquellos jóvenes del noroeste peninsular que partían a la América del Sur con el objeto de “mejorar fortuna”.² Como veremos a lo largo de este trabajo, el comercio ofrecía oportunidades para los recién llegados. El acceso a este tipo de actividad podía garantizar un cierto grado de bienestar, si se contaba con el apoyo de familiares o paisanos, dispuestos a ofrecer capitales para iniciar o mantener una empresa. Caso contrario, el proceso de ascenso social podía volverse más dificultoso, e incluso, terminar en un verdadero fracaso.

En la presente ponencia analizaremos el lugar que ocuparon las actividades comerciales dentro de la estructura laboral que presentaron gallegos y asturianos en el

¹ Dicho aumento estuvo condicionado por el incremento de la tasa emigratoria en Galicia y Asturias. La capital virreinal se convirtió en el segundo o tercer destino de estas corrientes, luego de La Habana o Montevideo. Cfr. Nicolás Sánchez-Albornoz, “El primer traslado transatlántico: la migración española al nuevo mundo, 1493-1810”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 10, N° 31, 1995, pp. 747-758; Carlos Martínez Shaw, *La emigración española a América (1942-1824)*, (Colección “Cruzar el Charco”), Colombes, Fundación Archivo de Indianos, 1994, pp. 163-246; Antonio Eiras Roel, “Introducción. Consideraciones sobre la emigración española y portuguesa a América y su contexto demográfico”, y Antonio Macías Hernández, “La emigración española a América (1500-1914)”, ambos en AAVV, *Emigración española y portuguesa a América. (Actas del II Congreso de la Asociación de Demografía Histórica)*, Bilbao, Ediciones de Historia, 1990, pp. 18-19 y 38-42, respectivamente.

² Sobre las causas de la emigración desde Galicia y Asturias, en el tránsito del siglo XVIII al XIX, existe una numerosa bibliografía. En general, la historiografía española se concentró en los factores de expulsión de tipo demográfico o socio-económico, que operaron en las sociedades de partida, sin prestar demasiada atención a los factores de atracción, que incidieron desde los ámbitos de acogida americanos. Para examinar los argumentos de tipo demográfico, cfr., para el caso gallego: Antonio Eiras Roel y Ofelia Rey Castelao, *Los gallegos y América*, (Colección “Las Españas y América”), Madrid, Editorial Mapfre, 1992, pp. 155-159; o Manuel María de Artaza Montero, “Los ilustrados gallegos y el problema de la emigración”, en *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, N° 7, 1990, pp. 189-191. Para el caso asturiano, v.: Jesús Jerónimo Rodríguez, *Asturias y América*, (Colección “Las Españas y América”), Madrid, Editorial Mapfre, 1992, pp. 62-63; María Carmen Ansón Calvo, “La emigración asturiana en el siglo XVIII. Notas para su estudio”, en Antonio Eiras Roel (ed.), *La emigración española a Ultramar, 1492-1914*, Madrid, Ediciones Tabapress, 1991, p. 84; Rafael Anes Álvarez, *La emigración de asturianos a América*, (Colección “Cruzar el Charco”), Colombes, Fundación Archivo de Indianos, 1993, p. 38, entre otros. Los trabajos que hicieron un mayor hincapié en los motivos de tipo socio-económico fueron: para el caso gallego, Antonio Eiras Roel, “La emigración gallega a América. Panorama General”, en Antonio Eiras Roel (ed.), *La emigración española ...*, cit., pp. 27, 31-34; o Camilo Fernández Cortizo, “Galicia en el Antiguo Régimen”, en AAVV, *Galicia y América. Cinco siglos de historia*, Xunta de Galicia, Consello da Cultura Galega, s.f., pp. 20-22; y para el caso asturiano, Germán Ojeda y José Luis San Miguel, *Campesinos, emigrantes, indianos. Emigración y Economía en Asturias, 1830-1930*, Gijón, Ayala Ediciones, 1985, pp. 60-61; Jesús Jerónimo Rodríguez, *Asturias ...*, cit., pp. 62-64; y María Carmen Ansón Calvo, “La emigración asturiana ...”, cit., pp. 83-84, entre otros.

Buenos Aires de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Buscaremos poner de relieve la diversidad de ocupaciones que las mismas involucraron (desde grandes comerciantes, pasando por tenderos, almaceneros, pulperos, dependientes, entre los más importantes). Por último, nos concentraremos en los mecanismos que favorecieron el ingreso al ejercicio comercial. En este sentido, nos interesará destacar cuál fue el rol de los factores microsociales en el acceso al trabajo, es decir, de qué modo operaron los vínculos familiares y paisanales para favorecer la obtención de un empleo en dicho ámbito. Esto último nos conducirá a describir las prácticas mercantiles más frecuentes que estimularon la integración a la vida comercial porteña. La documentación básica que utilizaremos para ello serán los padrones de habitantes de Buenos Aires de 1806-1807 y 1810 y los testamentos de los migrantes del noroeste peninsular, que terminaron estableciéndose en dicha ciudad.³ A partir de los mismos trataremos de brindar una primera mirada más estructural a la cuestión y luego, otra más relacional, atenta a las maneras en que los vínculos sociales condicionaron la inclinación por el ejercicio comercial.

1. La centralidad de las actividades comerciales entre los gallegos y asturianos instalados en el Buenos Aires tardo colonial

Desde fines del siglo XVIII la capital virreinal experimentó un importante crecimiento económico y demográfico. Las reformas borbónicas consolidaron su ascenso comercial en el extremo sur del imperio. A la nueva centralidad en los circuitos de intercambios se sumaron otros fenómenos no menos importantes: la multiplicación de las actividades burocráticas y artesanales, y una progresiva transformación edilicia.⁴

³ Los padrones mencionados fueron realizados con objetivos políticos-militares, para conocer la población en edad de servicio y el número de armas que poseían los habitantes de Buenos Aires. Sin embargo, la información consignada en los primeros rebasa en general estos últimos propósitos, brindándonos variados datos de los sujetos censados, tales como su edad, estado civil, ocupación y origen (con periodicidad variable). Ninguno de los padrones en cuestión llegó completo hasta nuestros días, por ello, hemos procedido a un tratamiento complementario de la información contenida en los mismos. De esta forma, logramos estudiar 16 de los 20 cuarteles o barrios en que entonces se dividía la capital virreinal. Los cuarteles que no hemos podido hallar son el 9, 10, 16 y 20. Del padrón de 1806 consultamos los barrios 1, 3, 11 y 12. Del de 1807, el 7 y 13. Del de 1810, los cuarteles 2, 4, 5, 6, 8, 14, 15, 17, 18 y 19. Los resúmenes de ambos padrones fueron publicados en Facultad de Filosofía y Letras, *Documentos para la Historia Argentina*, Tomo XII, *Territorio y Población*, Buenos Aires, 1919, pp. 332, ss. Sobre los censos y padrones de Buenos Aires y campaña, cfr. Susana R. Frías, y Liliana R. Méndez, *Censos y padrones existentes en el Archivo General de la Nación, 1776-1852*, Buenos Aires, Ed. Centro para Investigaciones Históricas en la Argentina, 1974.

⁴ Tulio Halperín Donghi, *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 1994, p. 41-42; Idem, *El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX*, en *Ensayos de Historia Social*, N° 3, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1961, pp. 52-62. Ricardo Figueira, “Del barro al ladrillo”, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (dirs.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Tomo 1, *Desde la Conquista hasta la Ciudad Patricia*, Buenos Aires, Grupo Editor Altamira, 2000, p. 117-123. Para un examen de las transformaciones edilicias del Buenos Aires colonial, también se puede consultar Ramón Gutiérrez, “La arquitectura colonial”, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (dirs.), op. cit., pp. 127-142; así como César A. García Belsunce (dir.), *Buenos Aires. Su gente. 1800-1830*, Buenos Aires, 1976, pp. 38-48. Algunos viajeros del siglo XVIII dejaron interesantes visiones de los cambios socio-económicos ocurridos en el Buenos Aires tardo colonial. Estas imágenes fueron rescatadas con notable asiduidad por la historiografía rioplatense posterior. Cfr., entre muchos otros, Luis María Torre, “Introducción. Cuestiones de Administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires”, en Facultad de Filosofía y Letras, op. cit., Tomo IX, *Administración edilicia de la Ciudad de Buenos Aires (1776-1805)*, Buenos Aires,

De este modo, Buenos Aires se convirtió en un destino atractivo para la migración europea y del interior virreinal. Esta última condición favoreció el notorio aumento poblacional que se registró desde mediados del setecientos. Según los padrones de 1744, 1778 y 1810, dicha ciudad pasó de tener 10.056 habitantes en la primera fecha, a 24.083 en la segunda, alcanzando las 42.540 almas en la última.⁵ Es decir, de 1744 a 1810 su población total se cuadruplicó, lo que permite afirmar que fue uno de los centros urbanos de más rápido crecimiento en Hispanoamérica.⁶

Según nuestros propios cálculos, hacia 1810 había en Buenos Aires más de 4392 españoles-europeos.⁷ Una cantidad algo superior a los 2486 se ubicaba en los 16 cuarteles que pudimos analizar de los padrones complementarios de 1806-1807 y 1810.⁸ En dichos barrios también hallamos por lo menos unos 795 gallegos y 134 asturianos.⁹ Es decir, que limitándonos al universo aproximado de peninsulares que habitaban los 16 cuarteles que constituyeron la base de nuestro estudio, los gallegos representaron dentro del mismo un 31,9 % como mínimo, y los asturianos, un 5,3 %. Los primeros constituían el grupo peninsular numéricamente más importante dentro del conjunto de los españoles en general, seguido por andaluces, vascos, catalanes, castellanos y asturianos, en orden decreciente.

La población del noroeste hispánico no se distribuyó uniformemente en toda la ciudad, sino que se concentró en sus cuarteles céntricos. No tanto sobre las zonas contiguas al río, sino más bien en un área donde se habían extendido las actividades comerciales (en especial, los cuarteles N° 8 y 13 eran los que presentaban un mayor número de los peninsulares en cuestión, con 278 aproximadamente el primero y 121, el segundo). También era un espacio de antigua edificación, que había experimentado un

1918, pp. CXIII-CXLI; y Ernesto Quesada, “La ciudad de Buenos Aires en el siglo XVIII”, en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año V, N° 4 y 5, 1918, pp. 3-39.

⁵ Lyman L. Johnson, “Estimaciones de la población de Buenos Aires en 1744, 1778 y 1810”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 19, N° 73, abr.-jun. 1979, p. 110; Idem y Susan Migden Socolow, “Población y espacio en el Buenos Aires del siglo XVIII”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 20, N° 79, oct.-dic. 1980, p. 331. Para un seguimiento de las distintas estimaciones de la población porteña a comienzos del siglo XIX, cfr. César A. García Belsunce (dir.), op. cit., cit., pp. 57-68. Para un análisis detallado del censo de 1778 en particular, cfr. José Luis Moreno, “La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778”, en *América Colonial. Población y Economía. Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, N° 8, Rosario 1965, pp. 151-170.

⁶ Lyman L. Johnson y Susan Migden Socolow, art. cit., p. 331.

⁷ Este resultado fue obtenido a partir de la suma del número de españoles que figuraban en los resúmenes de los padrones complementarios de 1806-1807 y 1810, en Facultad de Filosofía y Letras, op. cit., Tomo XII, pp. 332-355 y 356-389. Falta información de los cuarteles 7 y 16, por lo que la cifra dada es mínima, provisoria y aproximada. El equipo de investigación dirigido por César García Belsunce llegó a la conclusión de que el número de peninsulares en la capital virreinal, hacia 1810, era de alrededor de 2290, tomando en cuenta los cuarteles disponibles del padrón de 1810. V. César A. García Belsunce (dir.) op. cit., cit., p. 262.

⁸ Como comentamos en la nota anterior, de esos 16 barrios falta información sobre el número de españoles en el N° 7.

⁹ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), S IX 9-7-7 y S IX 10-7-1. Las cifras comentadas tienden a infravalorar las cantidades de gallegos y asturianos avecindados en la capital virreinal, pues en algunos cuarteles los empadronadores no consignaron el origen regional de todos los españoles europeos. De allí que en nuestra contabilización probablemente falten algunos oriundos del noroeste hispánico que sólo declararon ser “peninsulares” o “españoles”.

crecimiento constante del número de habitantes desde antes de mediados del siglo XVIII.¹⁰ Las densidades de población por manzana en dichos barrios eran en general las más elevadas de la ciudad, superando los 100 habitantes por manzana, y llegando en algunos casos a más de 300.¹¹

A continuación nos detendremos en el examen de la estructura ocupacional de los migrantes gallegos y asturianos en el Buenos Aires tardo colonial, para evaluar el grado de importancia que adquirieron las actividades comerciales dentro de la misma. La cuestión de la inserción laboral de los recién llegados plantea un conjunto de problemas complejos: por un lado, uno metodológico, aquel de la clasificación de los oficios que realiza el estudioso, y que se superpone a otra cuestión no menos controvertida: la previa clasificación que realizó el empadronador (en el caso de la utilización de fuentes censales), de las actividades económicas que realizaban sus contemporáneos. Sabemos que todas las clasificaciones imponen criterios más o menos arbitrarios a una realidad social mucho más dinámica y fluída que la imagen estática que se deriva de su encasillamiento en categoría preestablecidas.¹²

Por otro lado, creemos que el análisis de la inserción ocupacional involucra tomar en consideración la dimensión diacrónica de dicho proceso, es decir, conduce a tener presente la cuestión de la movilidad social. Esta última no sólo debería ser indagada desde el punto de vista del grupo migrante propiamente dicho, sino también, desde la perspectiva de las generaciones subsiguientes. En otras palabras, el estudio de la movilidad social debería ser concebido tanto a un nivel intra-generacional como a otro inter-generacional.¹³ En el primer nivel mencionado uno de los aspectos que reviste particular interés reside en evaluar en qué medida la inserción en el mercado de trabajo de la sociedad de llegada provoca continuidades o rupturas en la estructura laboral pre-migratoria del grupo desplazado. Es decir, hasta qué punto la integración en el nuevo medio impone cambios en la experiencia ocupacional previa de los sujetos que se han movilizado.

A lo largo de este apartado no nos proponemos responder a todas estas cuestiones, tarea que rebasa los alcances de la presente ponencia. Por el contrario, nos limitaremos a presentar una primera aproximación a la estructura ocupacional de los

¹⁰ Lyman L. Johnson y Susan Migden Socolow, art. cit., pp. 341-342.

¹¹ César A. García Belsunce (dir.), op. cit., cit., p. 60.

¹² Una lectura que intenta superar los problemas derivados de las clasificaciones mencionadas se encuentra en Maurizio Gribaudi et Alain Blum, "Des catégories aux liens individuels: l'analyse statistique de l'espace social", en *Annales E.S.C.*, N° 6, Nov.-Dic., 1990, pp. 1365-1402.

¹³ Una obra que impactó fuertemente la historiografía norteamericana en este sentido, es la de Stephan Thernstrom. En su análisis de las variadas dimensiones de la movilidad social, este investigador aprovechó las ventajas de contar con fuentes censales periódicas. (Cfr. Idem, *Poverty and Progress. Social Mobility in a Nineteenth century city*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1964). Del lado europeo, v. Maurizio Gribaudi, *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XXe siècle*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1987, pp. 61-88. Dentro de la historiografía francesa se hizo hincapié en la necesidad de focalizar los itinerarios de la segunda generación como camino para estudiar las diferentes variables concernientes a la integración de un grupo migratorio dado. Cfr. Phelippe Dewitte (Dir.), *Immigration et intégration. L'état des savoirs*, Paris, Éditions la Découverte, 1999, pp. 30-31. En la historiografía argentina, destacaremos el interés que presenta el trabajo de Eduardo José Míguez, sobre la movilidad intra e intergeneracional de nativos e inmigrantes en la frontera bonaerense, en el siglo XIX. V. Idem, "La movilidad social de nativos e inmigrantes en la frontera bonaerense en el siglo XIX: datos, problemas, perspectivas", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 8, N° 24, 1993, pp. 139-169.

gallegos y asturianos por separado, y luego, tomados conjuntamente, en comparación con la población activa libre y con la española-europea en general.

1.2. La estructura laboral de gallegos y asturianos hacia 1810

Los migrantes del noroeste peninsular empadronados en los censos en cuestión no siempre declararon sus actividades económicas. De los 929 gallegos y asturianos instalados en la capital virreinal que hemos podido identificar en las planillas disponibles, encontramos la indicación de la ocupación en 719 casos (622 correspondientes a gallegos y 97, a asturianos).

Procedimos entonces a clasificar las actividades halladas en diez categorías básicas, que surgieron del análisis previo de toda la variedad de oficios existentes: “comerciales”, “militares”, “artesanales y/o calificadas”, “marítimas”, “dependientes y/o poco calificadas”, “administrativas”, “rurales”, “religiosas”, “profesionales”, y “varias”.¹⁴ En el Anexo que se encuentra al final de este trabajo se podrá apreciar cuáles eran las ocupaciones específicas que comprendía cada categoría. El Cuadro I, que se encuentra más abajo, contiene los resultados obtenidos de la contabilización de las actividades económicas de los migrantes gallegos y asturianos en el Buenos Aires tardo colonial.

Dos aclaraciones se imponen al comentario de los resultados obtenidos. En primer término, es importante tener en cuenta que algunos de los comerciantes y artesanos, además de desempeñarse en sus propios oficios, tenían una filiación militar, es decir, estaban alistados en los numerosos cuerpos que quedaron constituidos a fines de la etapa colonial. Recordemos que las Invasiones Inglesas habían generado las condiciones para una creciente militarización en la capital virreinal, con la formación de milicias urbanas, que en principio fueron voluntarias y más tarde se convirtieron en obligatorias. Esto condujo desde un principio al enrolamiento de unos siete mil hombres, de los cuales alrededor de tres mil estaban aún alistados antes de la Revolución de Mayo de 1810.¹⁵ De los 345 comerciantes gallegos, 37 desplegaron al mismo tiempo actividades militares. Estas últimas también fueron llevadas a cabo por 3 de los artesanos gallegos y por 9 de los comerciantes asturianos. En el cuadro I se consignaron solamente las actividades económicas principales de cada sujeto. Es decir, en el caso de un comerciante, que además formaba parte del “Tercio de Gallegos”, por ejemplo, tomamos en consideración la primera ocupación, dado que la segunda era complementaria de la misma.

En segundo término, es necesario recordar que los padrones que estamos estudiando fueron originados con el fin de conocer a la población en edad de servicio, y por ello, los empadronadores estaban probablemente más preocupados por dejar sentado en sus planillas dónde estaban enrolados los hombres, antes de cuáles eran sus “ejercicios”. Esto pudo haber provocado que muchos alcaldes consignaran sólo el alistamiento o cargo militar de los habitantes, y no sus oficios civiles. Por lo tanto,

¹⁴ Las clasificaciones de actividades económicas propuestas por Johnson-Socolow y por Moreno no nos parecieron las más pertinentes, para aplicarlas en nuestro trabajo. (Cfr. Lyman L. Johnson y Susan Migden Socolow, art. cit., pp. 342-344 y José Luis Moreno, art. cit., pp. 154-155). En cambio, en nuestras categorías nos acercamos más a la clasificación empleada por el equipo dirigido por César García Belsunce, aunque con algunos pequeños matices, como veremos más adelante. (V. César García Belsunce (dir.), op. cit., cit., pp. 107-133).

¹⁵ Tulio Halperín Dongui, “Revolutionary militarization in Buenos Aires 1806-1815”, en *Past and Present. A Journal of historical studies*, N° 40, july 1968, p. 84.

podemos suponer que las actividades militares se hallan en parte sobredimensionadas, y por el contrario, las otras, infravaloradas. Hechas estas advertencias, podemos pasar a proponer un provisorio análisis de la estructura laboral de los migrantes que nos interesan, a partir de los datos expuestos a continuación.

Cuadro I: Ocupaciones de los migrantes gallegos y asturianos, hacia 1810

	Migrantes gallegos		Migrantes asturianos	
Actividades	Números	Porcentajes	Números	Porcentajes
Comerciales	345*	55,5 %	54***	55,7 %
Militares	160	25,7 %	31	32 %
Artesanales y/o calificadas	57**	9,2 %	4	4,1 %
Marítimas	22	3,5 %	1	1 %
Dependientes y/o poco calificadas	10	1,6 %	1	1 %
Administrativas	7	1,1 %	3	3,1 %
Rurales	6	1 %	1	1 %
Religiosas	5	0,8 %	1	1 %
Profesionales	2	0,3 %	1	1 %
Varias	8	1,3 %	---	---
Total	622	100 %	97	100 %

Nadia De Cristóforis

* Cifra que incluye a 37 gallegos, que además de sus actividades comerciales, desempeñaban otras de tipo militar.

** Cifra que involucra a 3 gallegos, que además de sus tareas artesanales, desplegaban otras de índole militar.

*** Cifra que toma en consideración a 9 asturianos, que además de sus actividades comerciales, llevaban a cabo otras de carácter militar.

Fuentes: AGN, S IX 9-7-7; S IX 10-7-1

Si nos concentramos en los gallegos, podemos destacar la preeminencia de las ocupaciones comerciales, que eran desarrolladas por más de la mitad del universo poblacional por nosotros considerado. En orden decreciente de importancia, se ubicaban las actividades militares, artesanales y/o calificadas, marítimas, dependientes y/o poco calificadas, administrativas, rurales, religiosas y profesionales. Los últimos cuatro tipos de tareas eran desempeñados por una proporción muy minoritaria de gallegos. Estos

últimos eran proclives a ubicarse en el comercio, la milicia y los oficios artesanales y/o calificados. La misma tendencia se puede apreciar en el caso de los asturianos, aunque los porcentajes sean algo diferentes. Como los gallegos, más de la mitad de los asturianos desarrollaban actividades comerciales. Sin embargo, estos últimos se ubicaban en una mayor proporción que los primeros en el ejército, y en una algo menor, en las tareas artesanales y/o calificadas. Las otras ocupaciones representaban porcentajes muy minoritarios del total, que no sobrepasaban el 3,1 % del mismo. En consecuencia, podríamos concluir que, en líneas generales, tanto gallegos como asturianos desplegaron pautas de inserción ocupacional bastante semejantes, en el Buenos Aires tardo colonial. En los dos casos, el predominio de las actividades comerciales era seguido por el importante lugar ocupado por las militares, y en tercera instancia, por las artesanales y/o calificadas. Los otros tipos de ocupaciones agrupaban a una proporción minoritaria de migrantes. A continuación intentaremos comparar la inserción de los migrantes del noroeste peninsular con la de los españoles y la población económicamente activa y libre.

1.2. Migrantes del noroeste peninsular, población activa libre y españoles: semejanzas y diferencias en sus estructuras ocupacionales

En los párrafos que siguen ampliaremos nuestra mirada a la población activa libre y a la española, con el objeto de señalar en qué medida sus respectivas estructuras laborales se acercaron o alejaron de los patrones de inserción ocupacional que presentaron gallegos y asturianos tomados conjuntamente.¹⁶ Para ello debemos dirigir nuestra atención al Cuadro II. En el mismo se puede observar el número de migrantes del noroeste peninsular que desarrolló diferentes actividades económicas, con el porcentaje que estos representaban del total de migrantes de esos orígenes, cuyos oficios fueron consignados en los padrones de 1806-1807 y 1810. También se hace referencia a la población económicamente activa y libre (es decir, excluyendo la esclava) y por otra parte, a la española, cuyos oficios quedaron indicados en los cuarteles del censo de 1810 que analizó el equipo de trabajo dirigido por César García Belsunce. De ambos colectivos se exponen las cantidades de personas que se ubicaban en cada tipo de ocupación y los porcentajes que las mismas representaban del total de sujetos que indicaron su actividad económica, dentro de cada grupo.

Analicemos entonces cada una de las actividades por separado. En relación con las comerciales, podemos constatar cómo el porcentaje de migrantes del noroeste peninsular ocupados en ellas era muy superior al correspondiente a la población activa libre en general. El contraste resulta notorio. La diferencia no es tan grande si consideramos a los españoles, en comparación con el primer grupo. Podríamos afirmar entonces que dentro de los universos poblacionales para los que tenemos información, los gallegos y asturianos se insertaban en tareas comerciales en una proporción levemente más elevada que la de los españoles en general, mientras que con una marcada tendencia superior, con respecto a la población libre. Sin embargo, es interesante comentar que, si bien el 55,5 % de los migrantes del noroeste peninsular que declararon su ocupación hacia 1810, estaban integrados al ejercicio comercial de la

¹⁶ Consideramos a los gallegos y asturianos como formando parte de un mismo grupo debido a que, como vimos anteriormente, compartieron patrones de integración laboral similares, en el Buenos Aires tardo colonial.

ciudad, esta proporción era mucho más alta en el caso de los vascos, para los cuales tenemos la información de que un 76 % se dedicaba a este tipo de tareas.¹⁷

**Cuadro II: Ocupaciones de los migrantes del noroeste peninsular,
de la población en general y de los españoles, hacia 1810**

	Migrantes del noroeste peninsular		Población activa libre		Espanoles	
Actividades	Números	Porcentajes ¹	Números	Porcentajes ²	Números	Porcentajes ³
Comerciales	399	55,5 %	1591	28,7 %	795	51,8 %
Militares	191	26,6 %	1097	19,8 %	(sin información confiable)	(sin información confiable)
Artesanales y/o calificadas	61	8,5 %	1536	27,7 %	247	16,1 %
Marítimas⁴	23	3,2 %	193	3,5 %	(sin información)	(sin información)
Dependientes y/o poco calificadas	11	1,5 %	290	5,2 %	46	3 %
Administrativas	10	1,4 %	187	3,4 %	74	4,8 %
Rurales	7	1 %	124	2,2 %	23	1,5 %
Religiosas	6	0,8 %	240	4,3 %	61	4 %
Profesionales	3	0,4 %	68	1,2 %	22	1,4 %

Nadia De Cristóforis

¹ De un total de 719 migrantes.

² De un total de 5547 habitantes.

³ De un total de 1534 españoles.

⁴ En el caso de la cifra correspondiente a las actividades marítimas de la población en general, el equipo de García Belsunce no incluyó dentro de la misma a los calafates. Nosotros sí lo hicimos, en relación con los migrantes del noroeste peninsular. Cfr. Anexo.

Fuentes: Columnas N° 1 y 2: AGN, S IX 9-7-7; S IX 10-7-1

Columnas N° 3, 4, 5 y 6: César García Belsunce (Dir.), op. cit., pp. 107-133; 264

En relación con las actividades militares, debemos destacar que los migrantes gallegos y asturianos se encontraban dedicados a ellas en un porcentaje mayor que la población en general. Esto pudo motivarse en parte en el hecho ya comentado

¹⁷ César García Belsunce, "Los vascos en Buenos Aires en 1810", Separata del VI Congreso Internacional de Historia de América, Tomo VI, A.N.H., Buenos Aires, 1982, p. 150.

anteriormente, de que muchos españoles del noroeste peninsular no declararon la actividad civil que desempeñaban junto a las militares, o también, a que la inserción en el ejército era atractiva para nuestros recién llegados, cuestión sobre la que volveremos más adelante.

La proporción de nuestros migrantes ubicados en tareas artesanales y/o calificadas era menor con respecto a la que detentaban los españoles en las mismas actividades. Esta diferencia se hace mucho más acuciante si comparamos al primer grupo con la población activa libre. Si bien las actividades artesanales y/o calificadas eran las terceras en importancia numérica dentro de los colectivos gallego y asturiano analizados, no representaban un porcentaje importante, si tomamos en cuenta el lugar que ocupaban las mismas dentro de la población en general, e inclusive, dentro de la española en particular.

Del resto de las actividades que figuran en el cuadro (marítimas, dependientes y/o poco calificadas, administrativas, rurales, religiosas, profesionales), nos limitaremos a comentar que en todos los casos, las proporciones de migrantes del noroeste peninsular dedicados a ellas eran inferiores a las de la población activa libre y española. Llama nuestra atención la baja inserción de gallegos y asturianos en tareas administrativas y religiosas, en comparación con los españoles en general.¹⁸ Posiblemente, ello estaría confirmando en parte el fenómeno de que los migrantes del noroeste peninsular no se trasladaron tanto para desempeñar funciones dentro de las estructuras estatales coloniales, sino con un destino más incierto, y supeditado a los avatares de la dinámica vida colonial.

En pocas palabras, y retomando algunas conclusiones de los Cuadros I y II, podríamos poner de relieve que gallegos y asturianos se concentraron en las actividades comerciales y militares de manera preponderante. Importantes cantidades de miembros de ambos grupos migratorios encontraron en ellas una forma de ganar un sustento en el Buenos Aires tardo colonial. Incluso estas tareas representaron porcentajes superiores a los que las mismas detentaron dentro de la población activa libre y española instalada en la ciudad, en los cuarteles para los cuales tenemos información.

2. El ejercicio comercial: tipos de ocupaciones que involucraba

En el presente apartado nos concentraremos en las actividades comerciales, para examinar la variedad de categorías ocupacionales que las mismas comprendían, en el caso de los gallegos y asturianos instalados en la capital virreinal. Comenzaremos analizando ambos grupos por separado, para luego contrastar estas conclusiones con la información disponible para la población activa libre y la española-europea en general.

2.1. Gallegos y asturianos: sus variadas ocupaciones comerciales

En el Cuadro III se pueden apreciar las diversas actividades que conllevaba el ejercicio comercial, entre los gallegos y asturianos en cuestión. En la clasificación precedente consideramos esta variada gama de oficios de manera conjunta, bajo el rótulo de “comerciales”, con meros fines analíticos. En el Cuadro mencionado, en cambio, es posible observar que entre los gallegos que logramos identificar, eran

¹⁸ Para las actividades administrativas también poseemos información sobre los vascos, quienes en un 5,2 % se dedicaban a ellas. Como podemos ver, la proporción de vascos en este tipo de tareas era superior a la de los españoles y gallegos-asturianos (estos últimos, tomados conjuntamente). Cfr. Ibidem, p. 150.

predominantes los “pulperos” (seguidos por los comerciantes, dependientes, tenderos y almaceneros), mientras que entre los asturianos, los “comerciantes” y “tenderos” (luego de los cuales se ubicaban los dependientes, pulperos y almaceneros).

También podemos ver cómo dentro de cada colectivo migrante en consideración, los peninsulares en cuestión desplegaban actividades a diferente escala. Recordemos que mientras los “comerciantes” eran por lo general aquellos que tenían un giro mayor, y participaban de intercambios de tipo intercolonial (promotores de las relaciones entre América y Europa) o regional (circunscriptos a un área del territorio colonial), los “tenderos”, “pulperos” o “almaceneros” poseían un principal menor, y se desenvolvían en circuitos locales, es decir, limitados al radio de la ciudad o de un área de la misma.¹⁹

**Cuadro III: Clasificación de las actividades comerciales
de gallegos y asturianos en Buenos Aires, hacia 1810**

Tipos de actividades Comerciales	Migrantes gallegos		Migrantes asturianos	
	Números	Porcentajes	Números	Porcentajes
Pulperos	141	41 %	4	7 %
Comerciantes	75	22 %	19	35 %
Dependientes	65	19 %	12	22 %
Tenderos	54	16 %	18	33 %
Almaceneros	10	3 %	1	2 %
Total	345	100 %	54	100 %

Nadia De Cristóforis

Fuentes: Ibidem Cuadro I

El comentario de algunos casos puede quizás ayudarnos a clarificar esta cuestión de la heterogeneidad existente al interior de cada grupo migratorio (gallego o asturiano), dedicado al tráfico mercantil. Por un lado, podríamos contrastar el itinerario de un migrante asturiano que llegó a ser un comerciante de cierta importancia, y el de otro, de la misma procedencia, que terminó sus días como tendero. El primero se llamaba Miguel de Caldevilla, y era originario del Concejo de Caso. En el año 1792 se casó en Buenos Aires con María Joaquina de Migoya, oriunda también del Principado de Asturias. Esta última había llegado al Río de la Plata hacia fines del siglo XVIII, con el resto de su familia, en una de las expediciones organizadas por la Corona española para poblar la patagonia.²⁰ Caldevilla, posiblemente gracias a sus actividades comerciales (su herencia paterna y materna se conservaba intacta en su tierra natal), pudo entrar a su matrimonio una importante suma de dinero para la época (alrededor de setenta y cinco

¹⁹ En esta clasificación de las actividades comerciales seguimos a Juan Carlos Garavaglia, quien expuso los puntos de vista previamente sostenidos por Manfred Kossok. Cfr. J. C. Garavaglia, “Comercio colonial: expansión y crisis”, en *Polémica. Primera Historia Argentina Integral*, Centro Editor de América Latina, N° 5, 1970, p. 124.

²⁰ AGN, Sucesiones, N° 5345, Miguel de Caldevilla, 1797; Archivo Histórico Municipal de A Coruña, Expediciones al Río de la Plata, *Libro de Filiaciones de las Familias del Principado de Asturias que principia en 1° de octubre de 1779*, s.l.; Carlos Jáuregui Rueda, *Matrimonios de la Catedral de Buenos Aires. 1747-1823*, Buenos Aires, Fuentes Históricas y Genealógicas Argentinas, 1989, p. 247.

mil pesos), en comparación con los casos de otros migrantes, muchos de los cuales sólo ingresaban a su unión conyugal su “sola decencia”.²¹ La importante fortuna acumulada durante su matrimonio (según la tasación, llegó a los ochenta y siete mil treinta y un pesos y un cuartillo reales), lo posicionó favorablemente para realizar sustanciosas donaciones a la Iglesia, a su esposa y a otros miembros de su familia en Asturias.²² Al momento de su muerte poseía bienes varios: la casa de su morada, la situada frente al Hospital de Huérfanas de San Miguel, la ubicada en el Barrio de Nuestra Señora del Socorro, otra en la Villa de Luján, numerosos muebles y criados, ropa de su uso, plata labrada y alhajas de oro, un reloj de bolsillo, efectos de Castilla y una cuantiosa plata en efectivo. Probablemente, sus intercambios personales y a través de consignatarios en Paraguay, Santiago de Chile y Mendoza, entre otros puntos, le permitieron acumular este patrimonio.

El segundo migrante que mencionaremos es Francisco Xavier Diez, natural del Lugar de Canedo, en el Concejo de Valdés, Principado de Asturias. Al momento de su muerte vivía en un cuarto de la casa de su primo, comerciante y asturiano, Juan Fernández Molina. Diez había formado compañía con Miguel García de los Ríos para abrir una tienda en uno de los cuartos de Pablo Villarino, en la Plaza de Lorea. En esta empresa no le fue muy bien, dado que cuando se realizó el balance correspondiente, luego de su fallecimiento, el líquido caudal resultante de la tasación de los efectos existentes, era inferior a las sumas que cada uno de los socios había invertido cuatro años antes para iniciar el negocio. Los limitados bienes que el finado dejó al momento de su muerte, atestiguan el poco éxito de los emprendimientos de este tendero.²³

Tampoco faltan ejemplos de estas trayectorias “divergentes” entre los migrantes gallegos. Podríamos hacer mención a los itinerarios de Tomás Insúa y Juan Calvar, entre otros. El primero era natural del Arzobispado de Santiago, en el Reino de Galicia. Como manifestaba en su testamento, había tenido y manejado crecidos negocios con diferentes personas, a lo largo de su vida.²⁴ Al momento de su muerte, mantenía en vigor, entre otras, una compañía con Manuel Martínez Sores (residente en Santiago de Chile), vinculado al tráfico de la yerba mate, y otra sociedad con su yerno Gerardo Antonio Poce (establecido en Buenos Aires), consistente en una tienda de efectos de Castilla.²⁵ Su patrimonio neto al morir, que alcanzaba los setenta y nueve mil

²¹ Hemos podido localizar unas 50 testamentarias de migrantes gallegos y asturianos que se dedicaron a las actividades comerciales.

²² Comparar el patrimonio logrado por Miguel de Caldevilla, con el de los grandes comerciantes analizados por Susan M. Socolow. Cfr. Idem, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991, p. 213.

²³ A modo ilustrativo, agregaremos que las pertenencias de Diez, que se encontraron en su cuarto de alquiler, fueron las siguientes: tres pares de calzoncillos de lienzo usados, cinco camisas ordinarias, una caja de pino, cinco chalecos de diferente clase, tres “justillos y apretados de moletón” (sic), ocho pañuelos para narices y cara usados, dos fundas de almohadas de breña (sic) ordinarias, seis pares de calzones de pana y paño, dos levitas de paño, una sábana, siete pares de medias usadas, un reloj de plata, una colcha, dos carteras con papeles, tres navajas corta-plumas, un paño de manos de algodón, un capote de paño negro, un par de botas ordinarias, un sombrero, un cajón chico de lata, una tipa (sic) con retazos, un par de zapatos usados, un bastón con puño de plata, un catre de cuero con colchón, almohada y sábana. Cfr. AGN, Sucesiones, N° 5400, Francisco Xavier Diez, 1814, ff. 2 y 3.

²⁴ AGN, Sucesiones, N° 6376, Tomás Insúa, 1802, f. 8.

²⁵ Sobre la comercialización de la yerba mate, en la que estaban involucrados varios de los migrantes del noroeste peninsular, v. Juan Carlos Garavaglia, *Mercado interno y economía colonial*, México, Ed. Grijalbo, 1983.

setecientos ochenta y cinco pesos, incluía entre sus bienes inmuebles, la casa mortuoria fronteriza a la Iglesia de San Miguel, otra morada ubicada a media cuadra de la anterior, una quinta en el ejido de la ciudad, cerca de la Plaza Lorea y otra quinta menor, contigua a la precedente. El destino de Juan Calvar fue diferente: casado en Europa, este gallego murió en el hospital, dejando sus pertenencias en la casa-pulpería de José Antonio Lagos, donde trabajaba. Todos sus bienes se hallaron en un baúl cerrado con llave, todo su capital se reducía a tan sólo treinta pesos y once reales, como quedó de manifiesto luego de la tasación.²⁶ Su ajuar era muy similar al que poseía el asturiano Francisco Xavier Diez, producto de una vida austera, acostumbrada a las limitaciones materiales de todo tipo.

Al tiempo de internarnos en el sinfín de trayectorias individuales que en parte han dejado sus huellas en la documentación notarial, podemos comprobar que en realidad las categorías de actividades comerciales declaradas por gallegos y asturianos en los padrones, y por todos los habitantes de Buenos Aires en general, reflejan mal la diversidad de operaciones y empresas en las que podía estar involucrado cada sujeto. Por ejemplo, un migrante que aparecía como “comerciante” en el padrón de habitantes de 1810, podía tener tiendas y/o pulperías, paralelamente a otros intercambios de mayor envergadura, a una escala intercolonial.²⁷ A pesar de este último problema, los padrones en cuestión nos permiten formarnos una pálida imagen de las actividades comerciales de nuestros migrantes, es decir, pueden ser concebidos como punto de partida para ulteriores análisis.

2.2. Gallegos y asturianos comerciantes en una perspectiva comparativa más amplia

En el Cuadro IV hemos intentado contrastar las cifras por nosotros obtenidas, en relación con las actividades comerciales de los gallegos y asturianos hallados en 16 de los cuarteles en que se dividía Buenos Aires hacia 1810, con los datos aportados por César García Belsunce y su equipo de trabajo, sobre las diversas ocupaciones comerciales de la población activa libre y de la española-europea en general, para esa misma época. De este modo, en dicho cuadro intentamos expresar el porcentaje que gallegos y asturianos representaron del total de la población activa libre y de la española, en cada uno de los diferentes rubros de la actividad comercial.

Las cifras son elocuentes por sí mismas, sin embargo, destacaremos algunas cuestiones. En primer lugar, es interesante prestar atención al importante lugar que ocupaban los pulperos gallegos no sólo entre los españoles en general, sino también entre la población activa. Entre los primeros, representaban algo más de la mitad del universo considerado. El otro grupo regional español que seguía a los gallegos en el desempeño de este oficio era el de los andaluces (con 16 pulperos), según César García

²⁶ AGN, Sucesiones, N° 4349, Juan Calvar, 1812, ff. 3 y 4.

²⁷ Numerosos estudios ya han puesto de relieve cómo los grandes comerciantes no desdeñaban desempeñar actividades minoristas. V. Susan Socolow, op. cit., p. 79, por ejemplo. Para un análisis de una trayectoria individual, en la que se puede apreciar la multiplicidad de actividades de un importante comerciante, cfr. Jorge D. Gelman, *De mercachifle a gran comerciante. Los caminos del ascenso en el Río de la Plata colonial*, (Colección “Encuentros Iberoamericanos”, N° 4), España, Universidad Internacional de Andalucía, Sede Iberoamericana de la Rábida, 1996, pp. 33-40.

Belsunce.²⁸ Por lo tanto, podemos decir que los gallegos dominaban ampliamente este tipo de trabajo.

En segundo lugar, podríamos señalar que entre los asturianos, el grupo que tenía una mayor incidencia dentro del conjunto de la población libre y de la española en general tomados en cuenta, era el de los tenderos. Sin embargo, en términos absolutos, los que prevalecían en este tipo de actividad eran los gallegos y los vascos. Los comerciantes asturianos, que como hemos visto, numéricamente eran un grupo de semejantes dimensiones al de los tenderos del mismo origen, no lograban alcanzar una proporción importante dentro de los comerciantes españoles, entre los cuales los grupos cuantitativamente más relevantes eran los vascos, gallegos y catalanes.

**Cuadro IV: Actividades comerciales de los migrantes
del noroeste peninsular, en relación con la población activa libre
y con la española-europea en general, hacia 1810**

Categorías de actividades comerciales	Población activa libre	Gallegos/pobl. act. libre	Asturianos/pobl. act. libre	Españoles-europeos	Gallegos/españoles-europeos	Asturianos/españoles-europeos
Pulperos	418	34 %	1 %	273	52 %	1 %
Comerciantes	622	12 %	3 %	350	21 %	5 %
Tenderos	184	29 %	10 %	118	46 %	15 %
Almaceneros	31	32 %	3 %	16	63 %	6 %

Nadia De Cristóforis

Fuentes: Columnas N° 2, 3, 5 y 6: AGN, S IX 9-7-7; S IX 10-7-1
Columnas N° 1 y 4: César García Belsunce (Dir.), op. cit., pp. 266-267

Una reflexión final en torno a este Cuadro IV podría poner de relieve que tanto gallegos como asturianos tuvieron una mayor incidencia dentro de la población activa y española en los rubros del comercio “al menudeo”: pulperos y almaceneros, entre los primeros, y tenderos, entre los segundos. Este tipo de actividad se encontraba muy extendida en el Buenos Aires de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Numerosos relatos de contemporáneos así lo pusieron de manifiesto, al hacer hincapié en la notable proliferación de tiendas y tendejones que distinguía a la vida comercial porteña.²⁹

²⁸ César García Belsunce, op. cit., p. 267.

²⁹ Cfr., por ej., Francisco Millau, *Descripción de la Provincia del Río de la Plata (1772)*, (“Colección Austral”), Buenos Aires, 1947, p. 63. En relación con las pulperías en particular, su número aumentó considerablemente entre fines del siglo XVIII y principios del XIX. En 1748 había 244, en 1793: 392, en 1813: 457, y en 1825: 502. Cfr. Carlos A. Mayo, Julieta Miranda y Laura Cabrejas, “Anatomía de la pulpería porteña”, en Carlos Mayo (dir.), *Pulperos y Pulperías de Buenos Aires 1740-1830*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 1996, p. 43.

3. Mecanismos que favorecieron el acceso al mundo comercial

Tal como se desprende de la lectura del Cuadro II, las actividades mercantiles agruparon a un número elevado de españoles. Testigos de la época nos confirmaron esta realidad. En palabras de Pedro Juan Andreu:

... “Cualquier hombre que venga de España bien criado y si sabe leer y escribir y contar, hará aquí caudal grande como no tenga vicios. Aquí todo hombre de caudal es mercader y el que blasona más nobleza, está todo el día con la vara de medir en la mano. El que fuera pues, recién venido, como conozcan que es bien criado hallará paisanos en Buenos Aires, de caudal, que le fiarán de dos a tres mil pesos en efectos de las tiendas [...] y con esto en tres o cuatro viajes ya se hallan ricos los que vinieron sin un cuarto, y ya hallan casamiento con dotes superiores” ...³⁰

El comercio era una vía de integración a la sociedad porteña, para los peninsulares recién llegados. Pero, ¿cuáles eran los mecanismos específicos que condicionaban este último fenómeno, en el caso de los migrantes gallegos y asturianos? En el presente apartado intentaremos contestar esta pregunta. Quizás las conclusiones que obtengamos puedan generalizarse al resto del colectivo español. Estudios de mayor alcance podrán confirmar o no nuestras ideas. Lo cierto es que nos parece interesante analizar desde una mirada más micro cómo operaban los factores que facilitaban el ingreso a las actividades mercantiles, en el caso de los oriundos del noroeste peninsular, para comprobar, entre otras cuestiones, hasta qué punto la afirmación de Pedro Juan Andreu puede aplicarse a gallegos y asturianos.

En primer lugar, hemos hallado que entre los últimos existía la posibilidad de recibir capitales aportados por la esposa. Los mismos podían consistir en una herencia paterna o una dote que la misma introducía a la sociedad conyugal, o en los bienes que dejaba a su marido, a su muerte, por ejemplo. De este modo, Antonio Salguero, natural del Obispado de Tuy, afirmaba en su testamentaria que su esposa, María Elena Fachani, lo había “ayudado a buscar la vida”, dado que cuando contrajeron matrimonio él no había introducido capital alguno, pero luego, recibió de su cónyuge mil seiscientos sesenta pesos, con los que formó una compañía con Ramón Furter, en el Pueblo de Maldonado.³¹ Por otra parte, Ildefonso Faramiñán, oriundo del Arzobispado de Santiago, recibió como parte de la herencia paterna de su esposa, Paula Montes de Oca, un cuarto de tierra que hacía esquina, sobre el cual construyó la casa de su morada, compuesta de una sala, altillo y trastienda y una cocina de media agua.³² Por último, mencionaremos el caso de Domingo Suárez, que a la muerte de su primera esposa, se quedó con todos los bienes gananciales habidos durante dicho matrimonio, consistentes en la casa de su morada, compuesta de esquina, trastienda, sala, cocina y algunos árboles frutales; una pulpería con trescientos pesos de principal; una quinta en el camino

³⁰ Guillermo Furlong S. J., *Pedro Juan Andreu y su Carta a Mateo Andreu*, citado por Juan José Sebreli, *Apogeo y ocaso de los Anchorena*, Buenos Aires, S XX, 1972, p. 41.

³¹ AGN, Protocolos Notariales, Reg. 6, 1804, ff. 325 y 324.

³² AGN, Sucesiones, N° 6777, Ildefonso Faramiñán, 1800. Otro caso interesante es el del gallego Pedro Avelaira, quien recibió de su tercera consorte, Mónica de Oyola, como parte de los bienes incluídos en su carta dotal, tres cuartos de tierra limpia, situados en el Barrio de Monserrat. V. AGN, Sucesiones, N° 3468, Pedro Avelaira, 1805.

de Barracas (de la que sólo le correspondía lo edificado, plantado y cercado de tunas) y los muebles de uso.³³

Como vemos en los ejemplos precedentes, el matrimonio podía ser un dispositivo capaz de garantizar ciertas vías de ascenso social, a través de los capitales provistos por la esposa. Sin embargo, el casamiento generaba también relaciones familiares más amplias (o reforzaba vínculos sociales preexistentes), que podían tener una gran fuerza a la hora de facilitar el ingreso del recién llegado al mundo comercial. En especial, estos lazos podían favorecer la entrada del migrante en una tienda, pulpería o almacén, en calidad de dependientes, mozos o administradores, tal como veremos a continuación.

Otro de los mecanismos de acceso a las actividades mercantiles era la habilitación. Podríamos sugerir que esta última tuvo un importante peso entre los gallegos y asturianos que nos interesan, dado que los mismos arribaban en general con pocos capitales (a veces, desprovistos de ellos), y necesitaban contar con alguien que de manera más o menos rápida les aportara dinero o bienes, con los cuales lograr una inserción laboral. Relatos de la época aluden a las expectativas que generaba la habilitación, entre los jóvenes españoles que se desplazaban a América:

... “Embelesados así los que llegan de Europa que por lo general son muchachos, o mozos, a quienes el deseo de hacer fortuna saca de sus casas, lo menos en que piensan es en casarse porque viven con la esperanza de imitar a N. que fue a España, y hizo casas y compró tierras [...]. Otros hay (y son muchísimos) que habiendo llegado a Buenos Aires en busca de parientes, paisanos, o conocidos, tuvieron la dicha de hallarlos, y propicios a favorecerlos, pero los esperan en habilitarlos, para lo cual le dicen, que se estén en casa, hasta que haya proporción, pero como el País no es de los de mayor tráfico, tarda en llegar el cumplimiento de la oferta, y así los candidatos, o se aburren, sí observan que sus presuntivos bienhechores hacen bastante en ir saliendo de las obligaciones que lo cercan y en esta inacción viendo remoto su mejor estado desaparecen de la casa, y se van a otra parte, en que les parece hallarán mejor fortuna”...³⁴

¿Qué era y cómo funcionaba la habilitación entre los migrantes del noroeste peninsular? Era una forma de sociedad comercial, entre dos o más personas, en virtud de la cual se establecían derechos y obligaciones recíprocos, por cierto tiempo, y bajo ciertas condiciones estipuladas.³⁵ Por el capítulo 20 de la R. C. ereccional del Consulado porteño, los que formaban compañía de comercio debían reducirla a escritura pública, especificando los socios, fondos y parte de cada uno, en el plazo de quince días en Buenos Aires o Montevideo, o de tres meses en cualquier otro lugar del distrito, y así mismo, debían elevar copia autorizada del contrato al tribunal, bajo pena irremisible de cincuenta pesos. Igual pena recaería en los socios de compañías fundadas con anterioridad a la creación del Consulado, que no presentasen sus escrituras dentro de un plazo de cuatro meses.

Sin embargo, a pesar de las exigencias comentadas, no todas las habilitaciones en las que intervinieron gallegos y asturianos quedaron regularizadas. Muchas de ellas permanecieron estipuladas de manera verbal y privada. En realidad, este era un

³³ AGN, Protocolos Notariales, Reg. 3, 1804, f. 212.

³⁴ AGN, Biblioteca Nacional, Manuscritos relativos a América, *Patagonia. Documentos del Archivo de Indias*, Leg. N° 196, 1778, ff. 7-8.

³⁵ Sobre la formación de las compañías comerciales en Buenos Aires, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, cfr. José M. Mariluz Urquijo, “Notas sobre la evolución de las sociedades comerciales en el Río de la Plata”, en *Revista del Instituto de Historia del Derecho Ricardo Levene*, N° 22, Buenos Aires, 1971, pp. 92-121.

problema que afectaba a la población comerciante en general. La prescripción de las penas mencionadas, en caso de no declarar ante el escribano la constitución de una nueva compañía, en parte era la consecuencia de prácticas sociales que tendían desde mucho tiempo atrás a mantenerlas sólo de palabra. Hacia 1810, Manuel Belgrano defendía en la *Gaceta de Comercio* la necesidad de sostener la “buena fe del comercio”, y según él, uno de los muchos caminos para ello era dar parte de la celebración de las compañías, tal como lo preveían las constituciones consulares.³⁶ Pero los esfuerzos de las autoridades para hacer cumplir el capítulo 20 de la R. C. aludida, a través de la propaganda, o de la imposición de nuevas penas a quienes no lo acataran, tuvieron poco efecto. Aún así han llegado hasta nosotros algunos contratos de sociedades comerciales en las que participaron gallegos y asturianos, cuya lectura nos ha resultado de interés. En ellas quedaron especificadas diversas condiciones: el aporte de cada socio (en dinero en efectivo o trabajo personal), el tiempo de duración de la compañía, la manera en que se acordaba dividir las ganancias cuando la misma finalizara, los momentos en que se podían realizar los balances, la forma en que se harían los fiados, los gastos personales y los correspondientes a la sociedad en común, entre las cuestiones más importantes. La especificación de todas estas circunstancias era variable. En algunos casos, los contratos eran bastante laxos: se limitaban a precisar el aporte de cada miembro a la sociedad, dejando las otras condiciones libradas a la voluntad de los socios (o en última instancia, a las normas que imponía la costumbre), y en otras situaciones, se aclaraban todos los puntos anteriormente mencionados, y algunos otros detalles, tales como quién se haría cargo de los gastos en caso de pérdidas, o dónde estaría situada la casa que albergaría la empresa.³⁷

Los españoles del noroeste hispánico participaban mayoritariamente de compañías para la constitución de tiendas o pulperías, aunque algunos comerciantes de mayor giro, también promovieron la formación de sociedades para el tráfico de efectos de castilla y productos de la tierra entre América y la metrópoli, como aquella que Juan Barbarín fundó con el asturiano Josef Bentura Quintas, su dependiente, para que este último vendiera una cantidad importante de sebo y cobrara dos mil pesos fuertes en Cádiz.³⁸

Es importante destacar que aunque los socios ingresaran a la compañía cantidades diferentes de capital, y en algunos casos, uno de los dos tan sólo la “industria y trabajo”, las utilidades eran divididas en general en partes iguales entre ambos.³⁹ Esto permitía que aquel que incluso no tenía ningún dinero o bienes para incorporar a la sociedad, al término de la misma pudiera contar con algún capital, en caso de que la empresa hubiera resultado exitosa. Veamos un caso concreto. Cuando en mayo de 1805 Ramón de Otaola estableció el contrato de compañía por una tienda con José Carraselas, oriundo de Pontevedra, el primero introdujo a dicha sociedad cuatro mil pesos corrientes, mientras que el segundo, su trabajo como administrador. Al momento de la

³⁶ Manuel Belgrano, *Escritos económicos*, Ed. Gregorio Weinberg, Buenos Aires, 1954., p. 181.

³⁷ Un modelo del primer tipo de contrato, puede consultarse en AGN, Sucesiones, N° 8144, Agustín Zabané, 1821, f. 24. Para el segundo tipo aludido, v. AGN, Sucesiones, N° 4840, José Carraselas, 1812, f. 5.

³⁸ AGN, Protocolos Notariales, Reg. 3, 1804, f. 215.

³⁹ V., por ejemplo, las compañías en las que intervinieron José Carraselas, Manuel García Pichel y Francisco Xavier Díez (AGN, Sucesiones, N° 4840, 1812, f. 5; N° 6457, 1827, f. 1; N° 5400, 1814, f. 24, respectivamente).

muerte de Carraselas, se llevó a cabo la liquidación y partición de cuentas de la mencionada compañía, que arrojó como resultado un caudal partible entre ambos de cuatro mil setecientos veinte pesos y siete tres octavos reales. Los gananciales para cada uno de los socios eran de dos mil trescientos sesenta pesos y tres y cinco octavos reales.⁴⁰ Evidentemente, con esta suma, el pontevedrés había salido beneficiado. Sin embargo, debemos aclarar que para conocer con exactitud el haber que le correspondió finalmente, habría que descontar los gastos personales efectuados por el mismo a lo largo del tiempo en que duró la sociedad, cuestión que lamentablemente no quedó consignada en la sucesión testamentaria analizada. Tenemos en cambio otro caso, el del gallego Domingo Antonio de Pasos, quien estaba a cargo de una pulpería en la que había sido habilitado por su sobrino, Alejandro Pasos. Cuando el primero falleció y se llevó a cabo el balance y tasación de los efectos y utensilios de dicha pulpería, le correspondieron mil ochocientos noventa y dos pesos y siete tres cuartos reales. Sin embargo, aquí se estipularon las rebajas que debía sufrir este haber, consistiendo las mismas en cincuenta pesos de los gastos personales del mencionado gallego, y tres pesos, de un reloj empeñado. Por lo tanto, su haber líquido resultante era de mil ochocientos treinta y nueve pesos y siete tres cuartos reales (cifra más elevada que el principal colocado inicialmente en el fondo –setecientos noventa y ocho pesos y uno un cuarto reales-).⁴¹ Como vemos, los gastos particulares corrían en general por cuenta de cada uno de los socios.

La habilitación podía ofrecer entonces una base material de sustento al recién llegado, y beneficios al socio que invertía todo o la mayor parte del capital. Es decir, podía favorecer a sus integrantes, aunque pueda discutirse su carácter de verdadera sociedad, por faltar en ella una absoluta igualdad entre los miembros. Además, dicha forma de compañía se adaptaba muy bien a las modalidades del comercio porteño, lo que también garantizó su difusión a mediano plazo. Dicho comercio estaba habituado a actuar mediante negocios a pequeña escala, a tal punto que la expansión de una empresa no se exteriorizaba por el aumento de la magnitud de su capital, sino por la proliferación de nuevos pequeños locales, que quedaban a cargo de diferentes administradores.⁴² Esto último permitía compensar las eventuales pérdidas que se podían producir en determinados negocios, con las ganancias logradas en otros. Recordemos que una de las características del comercio colonial era su carácter especulativo y de muy alto riesgo, lo que obligaba a los comerciantes a poner en juego estrategias como la anterior, tendiente a disminuir los efectos negativos de dicho rasgo.⁴³

Detengámonos brevemente en tres casos de ampliación de los negocios a partir de la participación en una empresa. El primero es el de José Galloso. Este gallego puso una tienda en el año 1814 con su socio Antonio Rodríguez Peña. El primero proporcionó cuatro mil pesos en efectivo, mientras que el segundo, seiscientos. Transcurrido un cierto tiempo, los socios sacaron del principal unos cuatro mil pesos, con los que instalaron otra tienda. Al frente de la misma pusieron a Juan Antonio Garzón, a partir de utilidades entre los tres. En el año 1820, Rodríguez Peña pasó a la

⁴⁰ AGN, Sucesiones, N° 4840, José Carraselas, 1812, ff. 27-28.

⁴¹ Idem, N° 7385, Domingo Antonio de Pasos, 1811, ff. 6-8.

⁴² José M. Mariluz Urquijo, “Notas sobre la evolución ...”, cit., pp. 117-118.

⁴³ Jorge Gelman, “Sobre el carácter del comercio colonial y los patrones de inversión de un gran comerciante en el Río de la Plata del siglo XVIII”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, Tercera Serie, N° 1, Primer Semestre de 1989, pp. 63-69.

Banda Oriental, quedando en la primera tienda, como dependiente y a sueldo, Ramón Zorruguín. Luego, este último, entró a la compañía inicial que habían formado Galloso y Rodríguez Peña. Una vez transcurrido cierto tiempo, los tres socios decidieron sacar del principal de la tienda unos setecientos pesos, que invirtieron en la pulpería que tenía un hombre llamado Tomás, acordando que en esta última empresa, los tres primeros se dividirían por partes iguales la mitad de ganancias, y el último, se quedaría con el resto. Hasta este momento, Galloso había intervenido capital en tres empresas: dos tiendas y una pulpería (además de los negocios previos que suponemos debe haber mantenido). Sin embargo, sus inversiones eran más amplias: incluían también una fábrica de sombreros ordinarios, con principal “como de mil y más pesos”, a cargo del dependiente Vicente Cádiz.⁴⁴ Vemos entonces cómo este migrante había multiplicado sus negocios. En el caso de la segunda tienda mencionada, y de la pulpería, sabemos que el capital invertido se había obtenido de las ganancias de las empresas anteriores, es decir, el mismo se había derivado a nuevos emprendimientos, y no a la ampliación de las precedentes.

También el gallego José Monso empleó parte del capital obtenido en la sociedad que mantuvo con Antonio Fecha (en la que había sido habilitado, a partir de utilidades) en una nueva empresa: una pulpería en las inmediaciones de San Isidro, en la que puso el principal y habilitó a Alonso Fernández.⁴⁵ Finalmente, Agustín Zabané llegó a tener inversiones en tres pulperías: en las dos primeras, había puesto la mitad del principal y esperaba obtener la mitad de las ganancias, en sociedad con Juan Manuel Rodríguez. En la tercera, en cambio, había aportado todo el principal, e incluso había designado un administrador, Andrés Llamas, quien la giraría a partir de utilidades.⁴⁶

A partir del Cuadro III, hemos visto cómo aproximadamente la quinta parte de los gallegos y asturianos que desplegaban actividades comerciales, eran dependientes o mozos. Este tipo de inserción parece haber estado bastante difundida en el Buenos Aires de fines del siglo XVIII y primeras décadas del XIX. Hacia 1821, el albacea cabezalero, y único heredero de un migrante gallego, José de Lema, defendía los bienes de este último frente a las ambiciones del albacea de su hermano ya fallecido, ante los jueces de bienes extraños. Sostenía que José nunca había tenido una compañía con su hermano por una tienda en Chascomús, y a lo largo de su argumentación, ponía de relieve que en la sociedad porteña no era muy frecuente la formación de compañías regularizadas de capital y trabajo, dado que había una suficiente oferta de mozos dispuestos a trabajar, a cambio de una retribución: “¿Dónde consta la escritura de estipulación, o el libro de caja donde esté sentada la compañía, y bajo qué condiciones debió guardarse el contrato entre un dueño del principal y un socio que sólo puso su industria y trabajo?”, se preguntaba en uno de los pasajes de su alegato. “La diferencia es grande, pues esta especie de compañías no son comunes en Buenos Aires, cuando bajo un conchabo hay infinitos mozos de fidelidad y confianza que hubiesen servido con adelantamiento una administración tan absoluta, franca e independiente”.⁴⁷

Pensamos que el desempeño como mozo era otro de los mecanismos que en un mediano o largo plazo, podía abrir las puertas para un proceso de movilidad social ascendente dentro del mundo comercial. Detengámonos entonces en un breve análisis

⁴⁴ AGN, Sucesiones, N° 5912, José Galloso, 1823.

⁴⁵ Idem, N° 6779, José Monso, 1816.

⁴⁶ Idem, N° 8144, Agustín Zabané, 1821.

⁴⁷ Idem, N° 6498, Antonio de Lema, 1818.

de las condiciones en que trabajaban algunos dependientes de diversas procedencias y cuáles eran las ventajas que este tipo de ocupación reportaba, para formarnos al menos una idea aproximada de las razones por las cuales un 19 % de los gallegos y un 22 % de los asturianos identificados por nosotros en los padrones de habitantes, se inclinaron por este tipo de actividad.

Los siete casos de dependientes encontrados en más de cien testamentarias revisadas no nos habilitarán a pronunciar conclusiones generales, pero al menos nos permitirán ilustrar algunas de nuestras hipótesis.⁴⁸ Por un lado, hemos comprobado que los salarios de los mozos identificados, entre 1792 y 1812, fluctuaban entre los cinco y doce pesos. Los mismos no se pagaban mensualmente, sino que se contabilizaban en el haber del dependiente. En general, eran abonados cuando el patrón moría, o cuando el mozo terminaba de prestar sus servicios. Hemos hallado casos en los cuales los patrones debían hasta 10 ó 20 años de mensualidades a sus dependientes. Los gastos personales de estos últimos corrían por lo general por cuenta de los primeros. En el momento en que los mozos cobraban de manera conjunta sus mensualidades, se descontaba de estas últimas lo correspondiente a los gastos personales efectuados por los mismos durante el tiempo trabajado. Podía ocurrir entonces que un mozo tuviera una ganancia mínima. Veamos un caso concreto que tal vez ayude a clarificar nuestras afirmaciones. Cuando el patrón de Francisco Coll falleció, este último cobró los haberes que se le adeudaban. La suma ascendió a los noventa pesos, por algo menos de ocho meses trabajados, a razón de doce pesos al mes. Sin embargo, de esta cantidad se le tuvieron que descontar ochenta y ocho pesos de gastos personales, por lo que Coll terminó percibiendo tan sólo dos pesos.⁴⁹ ¿Cuáles podían ser entonces los beneficios para un mozo como Coll, que tornaban atractivo el desempeño como dependiente? En algunos casos, los patrones dejaban parte de su herencia a sus dependientes, en recompensa por los buenos servicios prestados por estos a lo largo de cierto tiempo. Pero lo que probablemente era más interesante para los mozos, era poder adquirir cierta experiencia en el ejercicio comercial (recordemos que muchos de los recién llegados provenían de un mundo predominantemente campesino), para llegar a convertirse en socios del patrón, en la empresa donde trabajaban o en otra pulpería, tienda o almacén. Esto es lo que le ocurrió al gallego Antonio de Castro y Romero. En reconocimiento a su buen desempeño como dependiente a lo largo de diez años, Domingo López lo terminó asociando a su pulpería. El último aportó unos “seis mil y más pesos” en principal, mientras que Castro y Romero, su industria.⁵⁰ Este último caso nos recuerda a las trayectorias de algunos de los dependientes catalanes en las Antillas, en la primera mitad del siglo XIX. Allí también los salarios de los mozos eran pagados en un largo plazo, y una de las expectativas que estos últimos albergaban era la de ser habilitados por sus patrones, tras un buen tiempo de aprendizaje de los rudimentos del comercio en su tienda.⁵¹

⁴⁸ Nos basaremos en la siguiente documentación: AGN, Sucesiones, N° 4838, Antonio Conde, 1805; N° 6497, Pedro León de Lagraña, 1807; N° 5345, Miguel de Caldevilla, 1797; N° 4842, Juan Carnero, 1792; N° 4840, Ventura Camaño, 1812; N° 4840, José Carraselas, 1812; AGN, Protocolos Notariales, Reg. 3, 1804, f. 144.

⁴⁹ AGN, Sucesiones, N° 4840, José Carraselas, 1812.

⁵⁰ AGN, Protocolos Notariales, Reg. 3, 1804, f. 144.

⁵¹ César Yáñez Gallardo, *Saltar con red. La temprana emigración catalana a América. Ca. 1830-1870*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 204 y 205.

Los tres mecanismos mencionados (recepción de bienes transferidos por la esposa, habilitación, desempeño como dependiente) no fueron los únicos posibilitadores del ingreso al ejercicio comercial, en el caso de los gallegos y asturianos estudiados, sino los que hemos hallado con una mayor frecuencia entre los mismos. En la mayoría de los casos, dichos mecanismos se canalizaron a través de las relaciones sociales fuertes (parientes y amigos).⁵² Es decir, la búsqueda de un trabajo en el ámbito comercial no era por lo general individual, sino que se desarrollaba dentro de las redes de vínculos personales en las que estaban inmersos los recién llegados. Eran entonces los familiares y conocidos cercanos los que ofrecían un trabajo al migrante, bajo el presupuesto de que dichos lazos garantizarían responsabilidades y obligaciones recíprocas.⁵³ Comentaremos algunos casos que nos han llamado la atención al respecto. Por un lado, tenemos la trayectoria de Antonio de Lema. Natural del Arzobispado de Santiago, llegó a Montevideo en una fecha indeterminada, entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Allí fue encontrado en estado de pobreza por uno de sus hermanos, José de Lema, también gallego, quien lo trajo a Buenos Aires. José había viajado a Montevideo como piloto en los bajeles del rey de España. Una vez arribado a dicha ciudad, decidió voluntariamente pasar a la capital virreinal, retirándose del servicio al rey y “renunciando a sus honores”. José comenzó a desarrollar actividades comerciales, en las que fue bastante exitoso. Pudo acumular ciertos capitales, con los que estableció una pulpería y tienda en Chascomús. A cargo de esta última decidió colocar a su hermano Antonio, como mozo-administrador. Al momento de su muerte, en 1818, este último había mejorado su situación económico-social. La tasación de sus bienes arrojaba como resultado cuatro mil doscientos ocho pesos y seis un medio reales.⁵⁴

⁵² Los resultados obtenidos por los análisis de Granovetter sugirieron una diferencia de eficacia entre los lazos “débiles” y los “fuertes”, en la obtención de un empleo. Según su investigación, los primeros garantizaban en mayor medida el encuentro de un trabajo satisfactorio. La fuerza de un lazo estaba dada por la combinación de la cantidad de tiempo, de la intensidad emocional, de la intimidad (la confianza mutua) y los servicios recíprocos que caracterizaban a dicho lazo. Cfr. Mark Granovetter, *Le Marché autrement. Les Réseaux dans l'économie*, Paris, Desclée de Brouwer, 2000, p. 46 [La primera edición de su argumentación sobre la fortaleza de los lazos débiles puede encontrarse en Idem, “The Strength of Weak Ties”, en *American Journal of Sociology*, Vol. 78, N° 6, Mayo 1973, pp. 1361-1381].

⁵³ El Análisis de Redes ha influido los estudios migratorios en variadas cuestiones, una de ellas, es la vinculada al acceso a un trabajo por parte de los recién llegados, en las sociedades de acogida. Dos obras de gran impacto al respecto fueron: Margaret Grieco, *Keeping it in the Family. Social networks and employment chance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; y Franco Ramella, “Redes sociales y mercado de trabajo en un caso de emigración. Los obreros italianos y los otros en Paterson, New Jersey”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 13, N° 39, 1998, pp. 331-372. En la historiografía argentina, varios trabajos demostraron una reflexión sobre los mercados de trabajo, a la luz de los aportes del Análisis de Redes. Cfr. Beatriz E. Argiroffo y Claudia A. Etcharry, “Inmigración, redes sociales y movilidad ocupacional: italianos de Ginestra y Ripalimosani en Rosario (1947-1958)”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 7, N° 21, 1992, pp. 345-370; M. Barbero y S. Felder, “Los obreros italianos de la Pirelli Argentina, 1920-1930”, en F. Devoto y E. Míguez (comps.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica*, Buenos Aires, 1992, pp. 189-204; Carina Frid de Silberstein, “De la red al mercado: procesos de especialización profesional de tres estudios de caso (Rosario, 1890-1930)”, en M. Bjerg y H. Otero (comps.), *Inmigración y Redes Sociales en la Argentina Moderna*, CEMLA e Instituto de Estudios Histórico Sociales, Buenos Aires, Ediciones Graffit SRL., 1995, pp. 67-80; Mariela Ceva, “Las imágenes de las redes sociales de los inmigrantes desde los archivos de fábrica. Una comparación de dos casos: Flandria y Alpargatas”, en *Ibidem*, pp. 203-219. Para un análisis sobre el rol de los lazos fuertes y débiles, en el caso de dos corrientes migratorias que se dirigieron a nuestro país, cfr. Fernando Devoto, “Información, cadenas y redes. El papel de los lazos fuertes y débiles en el movimiento migratorio de los españoles e italianos a la Argentina”, en *IUSSP Committee on Historical Demography*, UIESP, Liège, 1998, pp. 1-20.

⁵⁴ AGN, Sucesiones, N° 6498, Antonio de Lema, 1818.

Otro tipo de vínculo familiar que podía estar en la base de la obtención de un empleo era el de tío-sobrino, como en el caso de Domingo Antonio Pasos, quien fue habilitado por su sobrino Alejandro Pasos, en la pulpería que tenía a cargo. Al momento de su matrimonio, el primer gallego había aportado al mismo tan sólo la decencia de su persona, pero cuando falleció, ya tenía más de mil pesos, resultantes de las utilidades de la empresa en la que había participado junto a su pariente.⁵⁵ También los conuñados podían integrarse conjuntamente en una sociedad comercial, donde el que ya estaba establecido brindaba una oportunidad de inserción laboral al recién llegado. Tal fue el caso de Miguel de Caldevilla, quien habilitó al hermano de su esposa, Juan de Migoya, en una tienda y pulpería que instaló en la Villa de Luján.⁵⁶ En esta última relación, al contenido familiar del vínculo se sumaba el étnico, pues tanto Caldevilla como Migoya eran asturianos.⁵⁷

En pocas palabras, los tres mecanismos a los que hicimos precedentemente alusión no operaron en el vacío, sino dentro del entramado de relaciones sociales en el que se vieron inmersos los migrantes, dentro de la sociedad de acogida.

4. Conclusiones

A lo largo de este trabajo nos hemos concentrado en dos grupos migratorios definidos desde un punto de vista regional: gallegos y asturianos. A partir del análisis de la estructura laboral que los mismos presentaron en el Buenos Aires de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, hemos podido apreciar que su tendencia predominante fue la de ubicarse en el comercio. De allí que nos pareciera interesante examinar la diversidad de ocupaciones en las que se insertaron, dentro del mismo.

Hemos puesto de relieve cómo, más allá de un considerable número de peninsulares del noroeste hispánico que se dedicó a actividades mayoristas, existió una muy importante proporción que desplegó algunas otras de tipo minorista (en calidad de pulperos, tenderos, almaceneros, dependientes o mozos). En el caso de los gallegos, estas últimas fueron llevadas a cabo por casi un 80 % del universo considerado, mientras que entre los asturianos, por un 64 % del conjunto tomado en cuenta, aproximadamente. A estas cantidades habría que sumar aquel grupo de comerciantes que, además de sus intercambios de mediano o gran giro, mantenían en funcionamiento pequeñas tiendas y pulperías, con las cuales ampliaban sus márgenes de ganancias. La imagen que surge entonces del análisis de nuestra documentación censal y notarial es la de dos grupos migratorios con un fuerte anclaje en el comercio local, aquel circunscripto a la ciudad o a un área de la misma.

La proclividad de gallegos y asturianos a insertarse en los circuitos de intercambios urbanos no fue casual, sino que estuvo condicionada, entre otras cuestiones, por la existencia de un tejido social de familiares y conocidos, que canalizó la necesidad de los jóvenes migrantes de encontrar un trabajo, hacia ese tipo de ocupación. Recordemos que para ingresar a una empresa como mozo o socio habilitado había que poseer, entre algunos otros requisitos, algún tipo de relación que facilitara el

⁵⁵ Idem, N° 7385, Domingo Antonio de Pasos, 1811.

⁵⁶ Idem, N° 5345, Miguel de Caldevilla, 1797.

⁵⁷ El origen de Juan de Migoya fue verificado a través de su Acta Matrimonial de 1821, en la Catedral de Buenos Aires. V. Carlos Jáuregui Rueda, op. cit., p. 443.

proceso, y en este sentido, los vínculos familiares podían actuar como generadores de oportunidades.

Finalmente, creemos que existieron ciertos mecanismos específicos, como la habilitación, que resultaron funcionales para la expansión de los negocios de los comerciantes ya establecidos, y para la obtención de ganancias, por parte de aquellos recién llegados que no poseían capital monetario o lo tenían en escasa proporción. Posiblemente, la expectativa de movilidad social ascendente, ligada a la integración a este tipo de sociedades, pudo haber actuado como un factor de atracción de la inmigración galaico-asturiana, y española en general, con dirección al Río de la Plata.

5. Anexo: Oficios incluidos en las diferentes categorías empleadas para describir la estructura ocupacional de la población migrante gallega y asturiana (por orden alfabético):

Categorías de actividades:

1. **Comerciales:** almacenero, comerciante, dependiente o mozo, pulpero, tendero.
2. **Militares:** alférez, artillero, cabo, capitán, comandante, oficial, sargento, soldado, subteniente, tambor, teniente.
3. **Artesanales y/o calificadas:** albañil, armero, balanceador, boticario, capataz, carpintero, carretillero, confitero, cordelero, empleado, fabricante de velas, herrero, músico, ojalatero, panadero, platero, relojero, sastre, sillettero, sombrerero, talabartero, tonelero, zapatero.
4. **Marítimas:** barquero, calafate, dueño de barco, lanchero, marinero, patrón de barco, piloto.
5. **Dependientes y/o poco calificadas:** aprendiz, cantero, celador, cobrador de faroles, farolero, guarda, jornalero, lustrador, peluquero, peón, repartidor de pan.
6. **Administrativas:** empleados y funcionarios de las siguientes instituciones: Aduana, Correos, Real Audiencia, Tribunal de Cuentas.
7. **Rurales:** estanciero, hacendado, hortelano, labrador, quintero.
8. **Religiosas:** clérigo, fraile, presbítero, prior.
9. **Profesionales:** médico.
10. **Varias:** estudiante, militar retirado.

6. Bibliografía:

Anes Álvarez, Rafael, *La emigración de asturianos a América*, (Colección “Cruzar el Charco”), Colombes, Fundación Archivo de Indianos, 1993.

Ansón Calvo, María Carmen, “La emigración asturiana en el siglo XVIII. Notas para su estudio”, en Antonio Eiras Roel (ed.), *La emigración española a Ultramar, 1492-1914*, Madrid, Ediciones Tabapress, 1991, pp. 77-87.

Argiroffo, Beatriz E. y Etcharry, Claudia A., “Inmigración, redes sociales y movilidad ocupacional: italianos de Ginestra y Ripalimosani en Rosario (1947-1958)”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 7, N° 21, 1992, pp. 345-370.

Barbero, M. y Felder, S., “Los obreros italianos de la Pirelli Argentina, 1920-1930”, en Devoto, F. y Míguez, E. (comps.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica*, Buenos Aires, 1992, pp. 189-204.

Ceva, Mariela, "Las imágenes de las redes sociales de los inmigrantes desde los archivos de fábrica. Una comparación de dos casos: Flandria y Alpargatas", en Bjerg, M. y Otero, H. (comps.), *Inmigración y Redes Sociales en la Argentina Moderna*, CEMLA e Instituto de Estudios Histórico Sociales, Buenos Aires, Ediciones Graffit SRL., 1995, pp. 203-219.

Devoto, Fernando, "Información, cadenas y redes. El papel de los lazos fuertes y débiles en el movimiento migratorio de los españoles e italianos a la Argentina", en *IUSSP Committee on Historical Demography*, UIESP, Liège, 1998, pp. 1-20.

Eiras Roel, Antonio, "Introducción. Consideraciones sobre la emigración española y portuguesa a América y su contexto demográfico", en AAVV, *Emigración española y portuguesa a América. (Actas del II Congreso de la Asociación de Demografía Histórica)*, Bilbao, Ediciones de Historia, 1990, pp. 9-32.

Idem, "La emigración gallega a América. Panorama General", en Idem (ed.), *La emigración española a Ultramar, 1492-1914*, Madrid, Ed. Tabapress, 1991, 17-39.

Idem y Ofelia Rey Castelao, *Los gallegos y América*, (Colección "Las Españas y América"), Madrid, Editorial Mapfre, 1992.

Artaza Montero, Manuel María de, "Los ilustrados gallegos y el problema de la emigración", en *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, N° 7, 1990, pp. 185-202.

Dewitte, Phelippe (Dir.), *Immigration et intégration. L'état des savoirs*, Paris, Éditions la Découverte, 1999.

Facultad de Filosofía y Letras, *Documentos para la Historia Argentina*, Tomo XII, *Territorio y Población*, Buenos Aires, 1919.

Figueira, Ricardo, "Del barro al ladrillo", en Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto (dirs.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Tomo 1, *Desde la Conquista hasta la Ciudad Patricia*, Buenos Aires, Grupo Editor Altamira, 2000, p. 107-125.

Frías, Susana R. y Méndez, Liliana R., *Censos y padrones existentes en el Archivo General de la Nación, 1776-1852*, Buenos Aires, Ed. Centro para Investigaciones Históricas en la Argentina, 1974.

Frid de Silberstein, Carina, "De la red al mercado: procesos de especialización profesional de tres estudios de caso (Rosario, 1890-1930)", en Bjerg, M. y Otero, H. (comps.), *Inmigración y Redes Sociales en la Argentina Moderna*, CEMLA e Instituto de Estudios Histórico Sociales, Buenos Aires, Ediciones Graffit SRL., 1995, pp. 67-80.

Garavaglia, Juan Carlos, *Mercado interno y economía colonial*, México, Ed. Grijalbo, 1983.

Idem, "Comercio colonial: expansión y crisis", en *Polémica. Primera Historia Argentina Integral*, Centro Editor de América Latina, N° 5, 1970, pp. 122-140.

García Belsunce, César, "Los vascos en Buenos Aires en 1810", Separata del VI Congreso Internacional de Historia de América, Tomo VI, A.N.H., Buenos Aires, 1982, pp. 143-157.

Idem (dir.), *Buenos Aires. Su gente. 1800-1830*, Buenos Aires, 1976.

Gelman, Jorge D., *De mercachifle a gran comerciante. Los caminos del ascenso en el Río de la Plata colonial*, (Colección "Encuentros Iberoamericanos", N° 4), España, Universidad Internacional de Andalucía, Sede Iberoamericana de la Rábida, 1996.

----- "Sobre el carácter del comercio colonial y los patrones de inversión de un gran comerciante en el Río de la Plata del siglo XVIII", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, Tercera Serie, N° 1, Primer Semestre de 1989, pp. 51-69.

Granovetter, Mark, *Le Marché autrement. Les Réseaux dans l'économie*, Paris, Desclée de Brouwer, 2000.

Idem, "The Strength of Weak Ties", en *American Journal of Sociology*, Vol. 78, N° 6, Mayo 1973, pp. 1361-1381.

Gribaudi, Maurizio, *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XXe siècle*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1987.

Idem et Blum, Alain, "Des catégories aux liens individuels: l'analyse statistique de l'espace social", en *Annales E.S.C.*, N° 6, Nov.-Dic., 1990, pp. 1365-1402.

Grieco, Margaret, *Keeping it in the Family. Social networks and employment chance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

Gutiérrez, Ramón, "La arquitectura colonial", en Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto (dirs.), op. cit., pp. 127-142.

Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 1994.

Idem, "Revolutionary militarization in Buenos Aires 1806-1815", en *Past and Present. A Journal of historical studies*, N° 40, July 1968, pp. 84-107.

Idem, *El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX*, en *Ensayos de Historia Social*, N° 3, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1961.

Jáuregui Rueda, Carlos, *Matrimonios de la Catedral de Buenos Aires. 1747-1823*, Buenos Aires, Fuentes Históricas y Genealógicas Argentinas, 1989.

Johnson, Lyman L., "Estimaciones de la población de Buenos Aires en 1744, 1778 y 1810", en *Desarrollo Económico*, Vol. 19, N° 73, abr.-jun. 1979, pp. 107-119.

Idem y Socolow, Susan M., "Población y espacio en el Buenos Aires del siglo XVIII", en *Desarrollo Económico*, Vol. 20, N° 79, oct.-dic. 1980, pp. 329-349.

Martínez Shaw, Carlos, *La emigración española a América (1942-1824)*, (Colección "Cruzar el Charco"), Colombes, Fundación Archivo de Indianos, 1994.

Macías Hernández, Antonio, "La emigración española a América (1500-1914)", en AAVV, *Emigración española y portuguesa a América. (Actas del II Congreso de la Asociación de Demografía Histórica)*, Bilbao, Ediciones de Historia, 1990, pp. 33-60.

Mariluz Urquijo, José M., "Notas sobre la evolución de las sociedades comerciales en el Río de la Plata", en *Revista del Instituto de Historia del Derecho Ricardo Levene*, N° 22, Buenos Aires, 1971, pp. 92-121.

Mayo, Carlos A., Miranda, Julieta y Cabrejas, Laura, "Anatomía de la pulpería porteña", en Mayo, Carlos (dir.), *Pulperos y Pulperías de Buenos Aires 1740-1830*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 1996, pp. 43-75.

Míguez, José, "La movilidad social de nativos e inmigrantes en la frontera bonaerense en el siglo XIX: datos, problemas, perspectivas", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 8, N° 24, 1993, pp. 139-169.

Millau, Francisco, *Descripción de la Provincia del Río de la Plata (1772)*, ("Colección Austral"), Buenos Aires, 1947.

Moreno, José Luis, "La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778", en *América Colonial. Población y Economía. Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, N° 8, Rosario 1965, pp. 151-170.

Ramella, Franco, “Redes sociales y mercado de trabajo en un caso de emigración. Los obreros italianos y los otros en Paterson, New Jersey”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 13, N° 39, 1998, pp. 331-372.

Sánchez-Albornoz, Nicolás, “El primer traslado transatlántico: la migración española al nuevo mundo, 1493-1810”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 10, N° 31, 1995, pp. 747-758.

Sebreli, Juan José, *Apogeo y ocaso de los Anchorena*, Buenos Aires, S XX, 1972.

Socolow, Susan M., *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991.

Ojeda, Germán y San Miguel, José Luis, *Campesinos, emigrantes, indianos. Emigración y Economía en Asturias, 1830-1930*, Gijón, Ayalga Ediciones, 1985.

Quesada, Ernesto, “La ciudad de Buenos Aires en el siglo XVIII”, en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año V, N° 4 y 5, 1918, pp. 3-39.

Rodríguez, Jesús Jerónimo, *Asturias y América*, (Colección “Las Españas y América”), Madrid, Editorial Mapfre, 1992.

Thernstrom, Stephan, *Poverty and Progress. Social Mobility in a Nineteenth century city*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1964.

Torre, Luis María, “Introducción. Cuestiones de Administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires”, en Facultad de Filosofía y Letras, op. cit., Tomo IX, *Administración edilicia de la Ciudad de Buenos Aires (1776-1805)*, Buenos Aires, 1918, pp. CXIII-CXLI.

Yáñez Gallardo, César, *Saltar con red. La temprana emigración catalana a América. Ca. 1830-1870*, Madrid, Alianza, 1996.